

EL HOMBRE Y LA TIERRA*

Eric Dardel

Geógrafo especializado en historia económica. Fue profesor de la Universidad de París.

Cuando la mirada occidental somete la tierra a un conocimiento técnico y científico a través de modelos de representación objetivos, la existencia –en libertad de espíritu– busca su íntima relación de identificación, complicidad y evasión en la tierra.

ES difícil imaginar en nuestra época una relación distinta del hombre con la Tierra que no sea la del conocimiento objetivo propuesto por la geografía científica. Esta voluntad de promover un orden espacial y visual del mundo responde a la tendencia general del pensamiento occidental en la época moderna. Visualización del mundo a través de una imagen universal, representación con la que el hombre sitúa el mundo ante él para dominarlo mejor. Tal como ha mostrado Heidegger en sus *Holzwege*1, esta objetivación del mundo, a partir del Renacimiento y sobre todo después de Descartes, tiene su origen en el momento en que *el hombre asume plenamente su subjetividad, en el sentido de que acepta, como único fundamento de la verdad, la certeza interior del yo*; a diferencia del hombre antiguo, para el cual el mundo se desvelaba por sí mismo, y vivía, por así decirlo, bajo la mirada de las cosas de su entorno, viendo, en esa «aparición», la determinación de su destino. A diferencia también del hombre medieval que sometía su pensamiento a la autoridad de una verdad revelada, transmitida por la doctrina cristiana, el hombre de la época moderna se cree y se quiere señor soberano de la verdad, no admite otra garantía que la que pueda darse a sí mismo, siendo esta libertad en la que basa todo fundamento y toda razón. Armado de sus cálculos y medidas, se lanza al ataque de todo lo que existe, poniendo él todas las cosas que tiene ante él bajo las órdenes y al servicio de causa.

Objetividad

Es, pues, inevitable y saludable que la geografía prosiga su tarea de trazar, por medio de inventarios, de mapas precisos y densas estadísticas, la imagen más exacta y completa de la Tierra. Pero es bueno que recordemos que la objetividad no es por sí misma una garantía de verdad absoluta a la que hay que abandonarse sin reservas. Una visión puramente científica del mundo podría muy bien significar, como nos lo recuerda Paul Ricoeur², una tentación de abdicar, «un vértigo de la objetividad», un «refugio cuando estoy cansado de luchar y cuando la audacia y el peligro de ser libre me pesan». Es para nosotros una obligación moral y un deber de probidad

intelectual recordar que *el hombre moderno extrae su objetividad de su propia subjetividad*, que es, en última instancia, su libertad espiritual la que se constituye en juez de la verdad, y que él no puede, sin renunciar a su humanidad, alienar su soberanía. «Este ser de razón que es el hombre en el Siglo de las Luces, dice Heidegger, no es menos sujeto que el hombre entendido como nación, que quiere ser pueblo, que se impone la disciplina de la raza y se apropia, a fin de cuentas, de la Tierra para dominarla». En el momento en que esta raza de hombres que reducen el espacio a un objeto, la Tierra a materia prima o a fuente de energía industrial, que dispone de todo, incluso de la vida humana, de forma soberana, se propaga por todas partes, es necesario admitir que el resorte secreto que erige el hombre de hoy en día sobre su propia libertad no difiere esencialmente de una *voluntad de poder*, cargada de toda la fuerza de su poder-ser y muy permeable a la pasión. Si olvidamos, incluso, el uso, a veces inquietante, que actualmente hace que el hombre dé su soberanía absoluta en el plano general, reforzando sin cesar «muy objetivamente» su poder de destrucción, aniquilando «científicamente» vidas humanas en la guerra o en campos de concentración, hechos incontestables alegados en el propio ámbito de la geografía serían suficientes para animarnos a una mayor prudencia y modestia cuando exaltamos nuestra visión puramente objetiva del mundo. Si se quiere, por ejemplo, prestar atención a las objetivas advertencias de Josue de Castro, en su *Geografía del hambre*, o de Willian Vogt, en *La fain du monde*, vemos que habría mucho que decir sobre la forma en la que el hombre dispone de la Tierra como señor absoluto, provocando aquí y allá erosión de suelos, o regímenes de carencia de alimentos próximos al hambre.

60

Convendría también recordar que en el mismo momento en que Occidente se las ingenia para someter a toda la Tierra bajo su poder, por medio de la ciencia y de la industria, o «desnaturaliza» la realidad geográfica en los espacios urbanos haciendo tabla rasa de cualquier diferenciación territorial bajo una *civilización material uniforme*, vemos multiplicarse los medios que el hombre crea para evadirse de este *mundo artificial* y descubrir un contacto más directo y natural con la geografía: turismo, vacaciones, acampadas, montañismo, albergues de juventud...

Experiencia

La experiencia geográfica se hace, a menudo, dando la espalda a la indiferencia y al desarraigo de la geografía de los sabios, sin caer por ello en el absurdo. Se realiza en una intimidad con la Tierra que puede quedar en secreto. Inexpresada e inexpresable es la «geografía» del campesino, del montañero o del marino. Reprimida en el silencio por timidez y por pudor y, sin embargo, tan viva y tan fuerte que los lazos con la tierra, la montaña o el mar van a menudo mucho más allá de los afectos humanos. En su conducta y en su vida cotidiana, en una lacónica sabiduría cargada de experiencias, el hombre manifiesta que cree en la Tierra, que se fía de ella, que cuenta absolutamente con ella. Ahí, en su horizonte concreto, con una adherencia casi corporal, asegura su equilibrio, su norma, su reposo. La Tierra es eso que no se discute, sin la cual todo se derrumba. Contra el invasor napoleónico, los campesinos rusos defendían sus tierras quemando cosechas y

aldeas, y los españoles se aferraban a las suyas hasta la muerte. La Tierra, por la que se vive y por la que se muere, sin duda se parece poco a aquella de un saber fríamente desinteresado; es el interés por excelencia. La Tierra es la opción de la historia; codicia del espacio extranjero o expansión territorial para unos, defensa del suelo nacional para otros. El mar es un dominio por el que se lucha; griegos contra fenicios, portugueses contra árabes, ingleses contra franceses. El cielo, convertido a su vez en campo de batalla o en vía de comunicación, provoca ardientes enfrentamientos. La Tierra, como extensión planetaria, entra a formar parte ahora de la concepción humana desde que las guerras se hacen a escala del globo, desde que se trazan planes para organizar los pueblos y las economías alrededor de un océano, de un continente entero o a las dimensiones del planeta.

Complicidad

Ante todo, el hombre está de acuerdo con la Tierra. En algunos casos bajo la forma de oculta *complicidad*. En el extremo occidental de Bretaña, donde las enormes y furiosas olas golpean las rocas y lanzan los navíos a la costa, Michelet señala en su *Tableau de la France*³: «La naturaleza es atroz, el hombre es atroz y parecen entenderse. Cuando el mar les lanza una pobre nave, hombres, mujeres y niños corren a la costa y caen sobre la presa». Complicidad reconocida en tiempos pasados por privilegios feudales lucrativos, «droit de brits»⁴ en Bretaña, «droit de verech»⁵ en Normandía. Con frecuencia este pacto con la Tierra es el acuerdo del campesino con la subida de la savia o con el «tiempo», la del marino con el viento y con las corrientes, pero a estos y a aquellos les es dado poder expresar esta relación profunda. La Tierra es «el país», la experiencia primera e inolvidable, la mirada maravillada del niño que descubre el conocimiento de un mundo mucho más amplio. Cantando las «nieblas móviles y las ligeras nubes» de su Flan-des natal, Emilio Verhaeren escribía:

*Mon pays tout entier vit et pense en mon corps
Il absorbe ma force en sa force profonde,
Pour que je sente mieux à travers lui le monde
Et célèbre la Terre avec un chant plus fort.*⁶

La geografía exige de algunos toda su dedicación y todo su esfuerzo, y es así como se realizan y se comprenden. Para otros, el país son trazos y matices, pero también caminos, casas: el presente. Son los árboles cargados de años, las tumbas: el pasado. Son las tierras para sembrar, los campos que hay que cosechar, los proyectos: el futuro. En una palabra, una continuidad, una fidelidad, un equilibrio en el tumultuoso mar de la vida.

Libertad

La geografía presupone y consagra la *libertad*. El hombre, al elegir su geografía, expresa a menudo lo más profundo de sí mismo. «Cada alma, decía Amiel, tiene su clima». El del poeta Hölder-

lin es el Mediterráneo y sus islas llenas de sol, que él ni siquiera conoció. Chateaubriand amaba el mar, pero la montaña, cuya desmesura le anonadaba, le «parece la estancia de la desolación y del dolor». El simbolismo de Novalis se mueve en el mundo de la Noche, donde el alma siente cómo se funden las separaciones que la hieren y encuentra la esperanza y la paz. En cuanto a Baudelaire, Sartre estima que había «delimitado cuidadosamente la geografía de su existencia decidiendo arrastrar sus miserias por una gran ciudad, rechazando cualquier exilio real para realizar más fácilmente, desde su habitación, sus evasiones imaginarias»⁷. Esta geografía que rechaza también cualquier geografía, cualquier descubrimiento de nuevos horizontes, parece, a veces, oscilar entre la nostalgia de otra vida y el espacio desapacible y glacial en el que se condena a llevar días sin alegría.

*J'ai longtemps habité sous de vastes portiques
Que les soleils marins teignaient de mille feux...
C'est là que j'ai vécu dans les voluptés calmes,
Au milieu de l'azur, des vagues, des splendeurs...*⁸

Evasión

La geografía es a menudo evasión en el sentido de una huida hacia delante. ¡Cuántos viajeros ilustres desde Chateaubriand hasta Montherlant, no han hecho sino pasear a través de la Tierra su aburrimiento y su inquietud con la esperanza de renovar sus agotadas energías, de recuperar ese primer asombro, esa ingenuidad de la mirada que han perdido! Búsqueda demasiado artificial que queda distante y sin beneficio. La superioridad que se atribuye al hombre moderno sobre el mundo que le rodea aparece como un obstáculo insalvable para lograr una armonía sincera con el bosque, el mar o la montaña. Al multiplicar los puntos de vista sobre la Tierra, el hombre no gana, al parecer, más que un saber pretencioso. «Se cree ganar, escribe Montherlant, porque se gana en extensión y se pierde en profundidad y se regresa hinchado de una ciencia falsa que resulta peor que la ignorancia, por pretenciosa». ¡Cuántas veces el viaje no es para el hombre más que un medio de abandonar a través de lo falso, de la «diversión», lo serio de su propia existencia y las exigencias de su libertad!

Conocimiento y existencia

Uno de los dramas del mundo contemporáneo es que la Tierra haya sido sencillamente «desnaturalizada», que el nombre no pueda «verla» más que a través de sus *medidas* y sus *cálculos*, en lugar de dejar que por sí misma sea capaz de desvelarle su escritura sobria y viva. Nuestra civilización y una ciencia que a menudo ha caído en la vulgaridad, han multiplicado el número de seres privados por completo de la fortaleza provinciana de la sabiduría prudente y tenaz que proporciona el contacto diario de la llanura, con las colinas o con el oleaje, del ritmo natural de la vida en medio de las cosas.

Las doctrinas contemporáneas de la desesperación y del absurdo, que contrastan con el extraordinario conocimiento técnico y científico del hombre moderno, tienen mucho que ver con el desencanto de nuestro universo, banalizado por un saber que nivela los relieves, aplasta las diferencias y apaga los colores. Nadie se atrevería a dudar de que hay en nuestra época una búsqueda, a menudo ferviente, con un nuevo frescor en la mirada, al ver *el arte contemporáneo* que recurre a *la sensación pura*, para captar y transmitir su embeleso ante la vida, sin preocuparse del sentido, de la relación lógica con el mundo común y corriente. La pintura se abandona a la materialidad viva tomada al nivel de la emoción; la música y la poesía, a la musicalidad pura: juego espontáneo de líneas, de color y de sonidos.

En el propio seno del universo científico, existe un malestar que proviene de la oscilación sincera del pensamiento entre dos órdenes del mundo; *el de la realidad concreta pero local y momentánea*, y *el de lo real abstracto y universal, separados ambos por el método científico*. ¿A qué nivel de la realidad las aguas marinas son verdaderamente «reales»? ¿Es al nivel del fenómeno, donde su transparencia, sus reflejos, sus ondulaciones actúan sobre nuestros sentidos y nuestra imaginación? ¿O bien al nivel del esquema que surge del análisis físico-químico? ¿Es a la onda que nosotros «vemos» o a la molécula, al átomo que nosotros «concebimos», al que debemos atribuir el valor esencial? La ciencia no observa la realidad de las cosas, sino su «posibilidad»; no analiza su particularidad «histórica», sino su conexión «legal»; no observa su «naturaleza», sino su composición. La geografía, por su posición científica, no puede dejar de sentirse desgarrada entre el *conocimiento y la existencia*. Separándose de la ciencia, se perdería en la confusión y en el parloteo, abandonándose a ella sin reservas, se expondrá a lo que Jaspers llama «una nueva visión mítica», olvidando que *la actitud científica objetiva entra en una comprensión total del mundo que no puede dejar de ser también moral, estética y espiritual*. El frío desapego cósmico del espectador no concuerda con lo finito y con el desprecio del hombre en su existencia condicionada por la exigencia concreta de su estancia en la tierra.

Resistiéndonos a este talante de seriedad que, en nombre de una razón demasiado rígida e imperiosa, entorpece nuestra libertad espiritual, tenemos que salvaguardar, por medio de la poesía o, simplemente con un *pensamiento libre* de prejuicios, la fuente donde se fortalece sin cesar nuestro conocimiento del mundo exterior. La vida se encarga, a pesar de todas nuestras barreras espirituales y de todas las precauciones de un positivismo miope, de devolver a los espacios terrestres su frescura y su gloria, por poco que aceptemos, todavía, recibirlos como un don. El poeta Stefan Georg ha cantado esta juventud del horizonte terrestre desvelado al asombro del hombre:

*Par quels charmes ont souri ces matins de la Terre
Tels qu'à leur premier chant? Chant d'une âme étonnée
De mondes rajeunis et que porte le vent
Le vieux profil des monts a changé de visage
Comme aux vergers de l'enfance on voit flotter des fleurs
La nature frémit du frisson de la Grace...⁹*

©

NOTAS:

* Capítulo final de *L'homme et la terre* de E. Dardel. París PUF. 1952. Traducido al castellano por Carmen Gavira y Ángeles Navarro Guzmán.

¹ «Die Zeit des Weltbildes», en *Holzwege*, pp. 82 y sg.

² *Philosophie de la volonté*, p. 326.

³ En 1833 apareció la edición original del famoso *Tableau*. Michelet cita esta confesión elocuente del vizconde de León a propósito de un arrecife: «Yo tenía allí una piedra más preciosa que las que adornan la corona de los reyes». (Ed. I. Report. París 1934, p. 12, n. 1).

⁴ N. del T. Derecho sobre el precio. Derecho que el señor del puerto de mar tenía sobre las naves que naufragaban en sus costas.

⁵ N. del T. No se ha encontrado equivalente en castellano. Se refiere al derecho que tenían a recoger las algas en la costa para utilizarlas especialmente como abono.

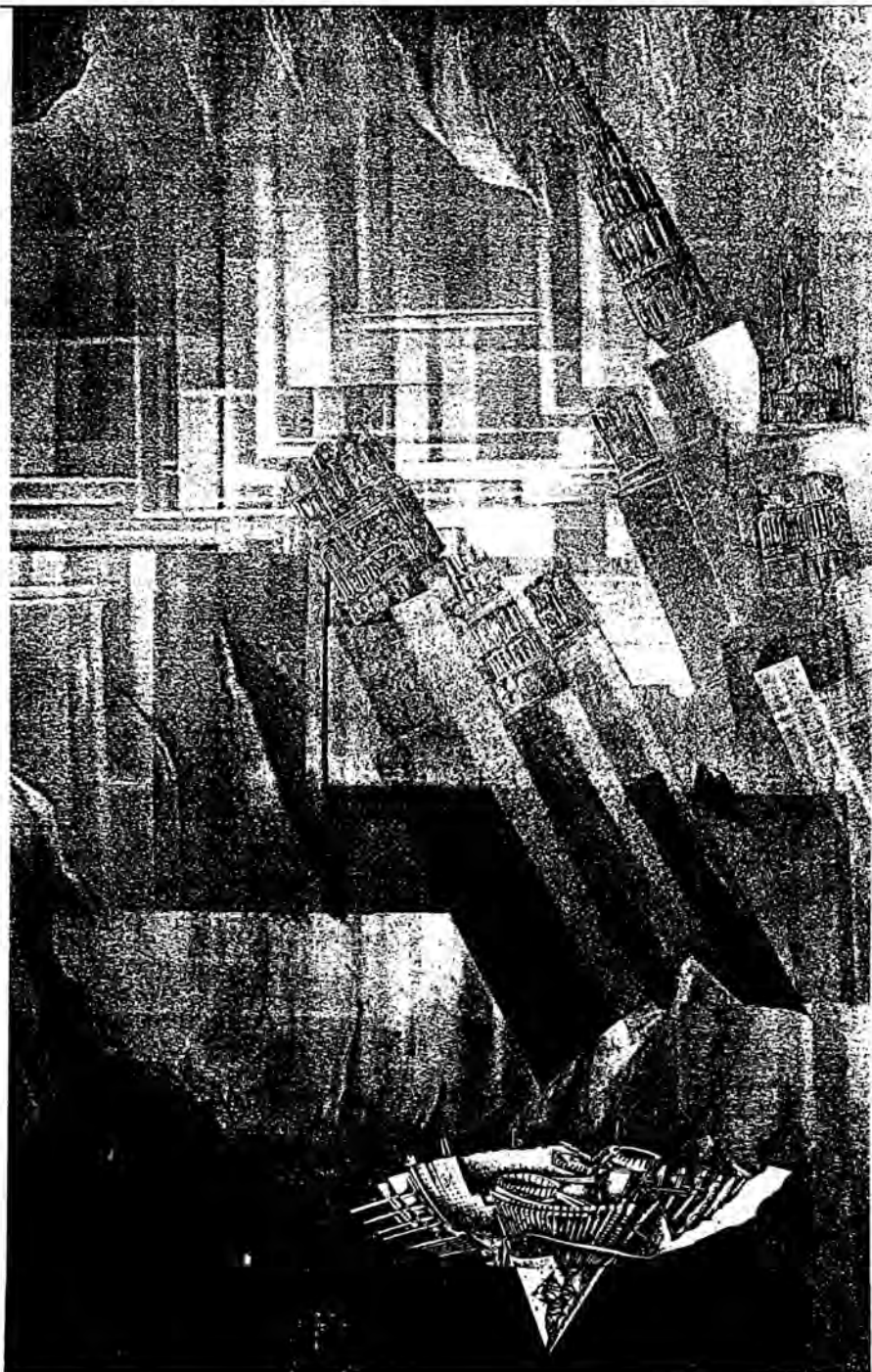
⁶ Mi país vive y piensa en mi cuerpo entero
Absorbe mi fuerza en su profunda fuerza
Para que sienta mejor el mundo a través de él
y celebre a la Tierra con un canto profundo.

⁷ Baudelaire. París, 1937. p. 222.

⁸ He vivido mucho tiempo bajo amplios pórticos
que los solés marinos tenían con mil fuegos...
Allí pasé los días en voluptuosa calma,
En medio del azul de las olas, del esplendor...

⁹ ¿Por qué sortilegio han sonreído las mañanas de la Tierra
con su primer cántico? Canto de un alma conmovida
de mundos que reverdecen y que el viento lleva
El antiguo perfil de los montes ha cambiado de rostro
Las flores se agitan como en los jardines de la infancia
La naturaleza se estremece al paso de la Gracia...





Kiko Mozuma «Tokyo después de la catástrofe».

Rascacielos y conflictos sociales, heterogeneidad de instintos urbanos y eclecticismos de confusas e inciertas geometrías, se suceden como caleidoscopios herméticos donde albergar las automatizadas ambiciones del nómada flemático.